

Nacionalismo y democracia

(*El País*, 16. 05. 1995)

El nacionalismo debe conducir a la discordia civil en una nación en la que, por heterogénea y plural, una amplia franja de sus habitantes no es nacionalista. Tal ocurre en la sociedad vasca, y ello explica sus vanas fronteras interiores.

1. La primera línea que hoy separa a los vascos nos divide entre *violentos* y *pacíficos*. Es la raya más visible e inmediata, la que marca el umbral mínimo de nuestra convivencia. Sólo el mero hecho de tener que trazarla revela nuestro penoso descenso colectivo al grado cero de la política. Estamos en el nivel en el que, sumidos casi todos en el miedo a unos pocos, lo puesto en juego es nada menos que la vida o la muerte. A un lado del corte quedan, pues, la brutalidad y la fuerza; al otro, la humanidad y la ley... Pero, siendo desde luego la primera, esa separación no es la única; por perentorio que sea borrarla para ingresar en el estado civil, esa tarea resulta todavía insuficiente.

2. Pues, ya en política, la gran línea divisoria entre los vascos es la que distingue a los nacionalistas de los no nacionalistas. Si la primera es para los individuos con mucho la más grave, en calidad de ciudadanos ésta se nos revela la principal. Mientras la anterior agrupaba a unos pocos frente a los más, esta otra barrera distribuye a la población en dos mitades casi iguales. Nada, tiene que ver, pues, con el pregonado contraste entre abertzales y españoles, entre nacionalistas vascos y nacionalistas españoles; y es que, de haberlos, los vascos españoles no profesan por lo general un nacionalismo de carácter étnico. Ésa es más bien una construcción artificiosa, una insidia por la que el (etno)nacionalismo vasco procura crear su enemigo necesario. ¿Habría de suponerse, entonces, que el ajeno al ideario nacionalista carece del natural amor a su tierra? Ni mucho menos; simplemente se niega a hacer de ese sentimiento un criterio político.

Se dirá que hay que discernir en el seno de los nacionalistas vascos entre los llamados radicales y los moderados, la sedicente izquierda de su correspondiente derecha. Claro está, pero concédase enseguida que es su afinidad sustancial- como nacionalistas lo -que a ellos les une y a los demás nos aleja de ellos. En punto a nacionalismo, se distinguen sin duda por sus medios (terror en diversos grados frente a

voluntad de la mayoría) y también por sus últimos fines (una Euskadi socialista o una Euskadi a secas). Sus fines próximos (autodeterminación, independencia, construcción nacional), en cambio, les emparentan. Y, *lo que resulta aún más revelador*, se vuelven del todo indistintos en los apoyos argumentales con los que ambos pretenden avalar estos objetivos inmediatos: el mismo pensamiento primitivo y excluyente, la misma invocación a los mitos fundadores, el mismo antiespañolismo... Para verificarlo, basta repasar los cimientos en los que unos y otros sustentan la política de normalización lingüística.

Pendientes de estos propósitos, el maximalismo o el posibilismo en su conquista les enfrenta, la, franca barbarie de los unos choca con la retorcida ambigüedad de los otros... pero coinciden en el lenguaje en el que se expresan, en las emociones que desatan y en bastantes de las aspiraciones que proclaman. Por mucho que les irrite a los nacionalistas moderados, por tanto, ¿cómo extrañarse de que los no nacionalistas acaben achacándoles en parte -injustamente, pero con algún fundamento- las responsabilidades contraídas por el nacionalismo violento? ¿Acaso no se creará autorizado este violento a actuar, si no en nombre de todos los vascos, sí al menos en el de quienes postulan a corto plazo exigencias similares y desde parecidos presupuestos? Es verdad que los moderados reniegan abiertamente del recurso a la Fuerza; pero ¿y si esos presupuestos fueran ya de tal naturaleza que apuntaran sin remedio hacia aquel recurso?

Lo cierto es que, al final o en ocasiones sonadas, el secreto parece desvelarse: partidos y sindicatos nacionalistas forman un frente común; moderados y radicales reconocen en el nacionalismo su fraternidad original. Las convicciones civiles ceden paso a las nacionales. El nacionalista moderado, en su inconsciente, podría estar más dispuesto a disculpar al violento de su crimen que a ese otro adversario político que ahonda en la precariedad de sus convicciones. Al fin y al cabo, por mucho que lo repudie de corazón (tanto más si se comete contra un nacionalista), aquel crimen vendría a probar con su horror lo fundado o extendido de su causa. Así que el nacionalista radical ha podido hacer más pacífico en sus formas al moderado, pero tal vez también le ha impelido a extremar su nacionalismo a fin de no quedarse atrás en la competencia con los suyos. Y ésta sería, paradójicamente, la victoria del vencido.

3. Evitemos, sin embargo, la tentación de sospechar siquiera que este reparto entre nacionalistas y no nacionalistas se corresponda en el País Vasco con una fractura entre

nacionalistas y demócratas. Sería una hipótesis demasiado simplona, porque estar libre de nacionalismo no otorga sin más una credencial para el ejercicio democrático irreprochable, y sobre todo injuriosa, porque la inmensa mayoría de los nacionalistas se tienen por demócratas convencidos... Lo que pasa es que tampoco el rechazo de la violencia como instrumento político nos convierte sólo por ello en demócratas sin tacha. Hagamos, así a un lado la autoconciencia de las gentes, para seguir la lógica objetiva de sus ideologías; y, más allá de reducir la democracia a mera regla de procedimiento, atendamos a su espíritu profundo. Desde aquella lógica y este espíritu cabría mantener entonces que el conflicto entre nacionalismo y democracia, antes que enfrentar a dos comunidades, es una pugna que se libra en el interior de cada nacionalista. Y, a tenor del peso respectivo concedido a ambos principios, mientras el nacionalista radical resulta un antidemócrata rabioso, el nacionalista moderado no pasa de ser un moderado demócrata. Si este último parece hablar un doble lenguaje, ¿no será porque alberga asimismo un alma doble? Radicalismo y moderación, ¿qué son, en definitiva, sino otros tantos modos de vivir esa conciencia escindida?

Porque es cosa sabida que ese impulso nacionalista y el democrático oponen entre sí como una actitud religiosa y otra profana y secular. Al igual que el creyente, pues, el nacionalista es miembro a la vez de dos comunidades: la que forma sólo con sus correligionarios y la que comparte con los demás ciudadanos. La primera es simbólica y abstracta, preexistente a sus miembros, forzosa; la segunda, al contrario, real, inmanente y libre. El nacionalista como tal pertenece a una comunidad histórica y tradicional, en tanto que como demócrata sólo hace suya la presente, sin que deba atarle ni siquiera la tradición que él mismo origina. Por eso, mientras en una arguye derechos colectivos e históricos, en la otra no reconoce más derechos que los individuales. Aquella patria es natural, propia de sujetos menores de edad que se ponen bajo la voluntad de los *padres* o antepasados; sólo la otra, a la que se accede en la mayoría de edad civil, es estrictamente política. El elemento nacional es el pueblo, el democrático es la sociedad. Euskal Herria podrá ser por siempre la patria de los nacionalistas vascos, pero en España la organización política de los vascos es hoy la Comunidad Autónoma Vasca.

Pues bien, el alma nacionalista del ciudadano -como la religiosa del creyente- debe lealtad ante todo a la comunidad sagrada, y a la profana sólo en tanto en cuanto sirva o se subordine a aquella otra; exactamente lo contrario le pide su alma

democrática. Tal es el drama del nacionalista moderado. Es un desgarramiento del que está libre el radical, que ya optó en cuerpo y alma por su pueblo imaginario, y que tampoco sufre el resto de los ciudadanos, que sólo viven en la sociedad real. Rechazado por los unos, tendrá que ser mirado con recelo por los otros. Y si ese nacionalista alcanza por vías democráticas el Gobierno, será difícil que -en una sociedad de cultura tan plural y secular como la nuestra- lo ejerza democráticamente como no se desprenda poco a poco de su nacionalismo.

Así que, guste o disguste a sus adeptos menos exaltados, todo nacionalismo étnico corre el riesgo de deslizarse hacia el ideal democrático que las vertidas por la doctrina pontificia de nuestros días. Por descreída que sea la comunidad civil, en ella debe imperar la Verdad !agrada, sea religiosa o nacionalista. El democrático no puede erigirse en principio fundante de la convivencia mientras el principio contrario -cristiano, nacional- se predique como anterior, superior y, por eso mismo, indiscutible. Una y otra fe demandan la soberanía, ya sea la de la Iglesia frente al Estado, ya sea la del pueblo frente a su sociedad entera. Sólo la democracia surge de la soberanía de la sociedad respecto de cualquier abstracción mística y reclama la autonomía del individuo frente a todo ente supraindividual.

Digámoslo de una vez: tanto una doctrina como la otra son creencias y, como tales, opciones privadas, sustraídas por definición al debate público que permitiera universalizarlas. Religión y nacionalismo, como tablas de salvación individual o colectiva, y democracia, como principio de ordenación civil, *están en distinto plano*. La democracia carece de competencia alguna para juzgar del valor último de aquellos credos. A cambio, sólo ella puede impedir su imposición pública, porque sólo ella, - desde la igual dignidad de todos- es capaz de frenar la propensión totalitaria de los credos a demandar privilegios sociales o a producir efectos civiles. Tolerante con las creencias mientras éstas contengan su natural intolerancia, la búsqueda del bien común no le permite al demócrata renunciar a convertirlas algún día a su ideal.

Nada más absurdo, pues, que entablar la defensa -radical o moderada- de la religión nacionalista mediante la réplica de que también la democrática es una forma de fe; de que, como no hay sociedad que pueda prescindir de mitos, tan mítica es la conciencia nacionalista como su contraria. Pues no es un sentimiento particular el que consagra la supremacía de la democracia, sino la razón común; ni es un mito más el

democrático, sino el principio que arrumba todos los mitos para hacer posible la convivencia civil. La democracia es el ideal racional de toda organización política, el marco necesario de la verdad pública y la verdad pública misma frente a la cual las demás ideologías aparecen como opiniones. De modo que *se puede* ser creyente o ateo, así como nacionalista de aquí o de allá, internacionalista o apátrida; pero, en política, una por una *se debe* ser demócrata.

4. Somos muchos los que aspiramos a que los vascos del futuro se clasifiquen en *socialistas, liberales o*, bajo otros rótulos políticos sustantivos; será lo de menos que algunos de ellos se adjetiven, además, como nacionalistas. Al paso que vamos, lo que no sabemos es cuántas generaciones habrán de pasar todavía hasta lograrlo.